

# David Rosenmann

Por Pepys

David Rosenmann es un otero sorprendente. Hacia los años 50, en nuestro país (este país llamado Chile) su nombre suscitó expectación pública. La cultura, entonces, era la cultura. Había, digamos, una excelente cultura literaria. Por las calles las gentes sencillas hablaban con metáforas originales. El código de la lengua común, sin embargo, no se interrumpía. A la inversa, fluía como un manantial fresco y cristalino. ¡Ah, esos años! Pues bien, hacia aquellos días apareció el primer libro de David Rosenmann: *Cortejo y Epinicio*. Bella edición. Extraño título. De "cortejo" lo sabíamos todo o casi todo. En lo esencial: "personas que forman el acompañamiento en una ceremonia". Pero ¿de epinicio? Nada. Casi nada. Hubo que apelar al diccionario: "canto de victoria; himno triunfal".

De modo que teníamos en frente algo más que la ceremonia triunfal de un poeta nuevo; asistíamos a una suerte de cambio de guardia en el régimen tradicionalmente españolista, modernista y rubendariano de nuestra poesía.

Rosenmann, con todo, no se dejaba envolver fácilmente por los halagos precoces de la fama. Temperamento sensitivo en grado extremo, pulido por la disconformidad interior, acerado crítico del entorno, maestro de la antitorpeza, maceraba en el mortero doméstico el desencanto de sus propias glorias.

La soledad, a la postre, constituye el cortejo de los elegidos. ¿Con qué moneda se paga el epinicio de la soledad?

No es cómodo, aquí, entre nos, escribir lo que reproducimos en seguida sin pagar tributo cuantioso a la incompreensión:

"Náusea. La cicindela  
—basalto, perfección—  
con su flamante envergadura ríe:  
acerada. (La escoba me soborna.) Me hincó. Dejaded  
que no se ruega inútiles sentidos. Permanece".  
(Poema XLI, *Cortejo y Epinicio*)

Pero, también, compensando, compensándose, la misma pluma es la que escribe:

"Acabo de morir: para la tierra  
soy un recién nacido".

(*Genetrix, Cortejo y Epinicio*).

A la soledad sigue el silencio. Al silencio, los sufrimientos, la criba de la vida. Más allá, los viajes, la lejanía, el apartamiento de las raíces.

Tierra triste, inhóspita, veleidosa, desdeña con premura. Como Spinoza entre sus objetos ópticos, David Rosenmann mora, en alguna parte innominada, entre sus objetos poéticos: las palabras.

Dos libros magistralmente editados lo rescatan para el monopolio de unos cuantos lectores selectos: *Los Despojos del Sol y El Cielo en la Fuente*.

En su estudio *Sobre la Dificultad*, George Steiner anota: "El poeta, muchas veces, es un neologista, un orfebre recombinador de palabras: ¿en qué suave instrumento pensaba Mandelstam cuando invocó la música del *tormenvox*? Los escritores son apasionados resucitadores de palabras enterradas o espectrales..."

De *El Cielo en la Fuente* son estas combinaciones de palabras:

"La rosa hacia la rosa: los ardores  
ondulan y sucumben.  
Como lo mío antes de mí, Jesusa  
en otro corazón.  
¿No buscará descanso?  
En una página de arena y miedo  
lee su nombre. Fardos los dominios.  
Habrá murallas, pero no muy altas".  
(Poema XVIII, *El Cielo en la Fuente*).

David Rosenmann sabe por qué dice lo que dice. Es un orfebre, un neologista, un recombinador de palabras.

En los pueblos precarios todavía hay la creencia de que el orfebre es un alquimista. Y que a los alquimistas los carga el diablo. Se les teme como a los que han extraviado el hilo del discurso lógico. No intuyen lo que se pierden: la otra razón del mundo.

